sion, dijo Madama de la Valliere, él venia á buscarme en persona (1).... Al concluir estas palabras, abrió la carta con una mano trémula: en ella exprimia Luis una ternura, que era imposible rehusar á tan atractivas cualidades: le rogaba encarecidamente á la Duquesa que volviese: le protestaba, que no podia ser felíz sin ella. Este tono era el de una sincéra amistad; pero no ya el del amor. Madama de la Valliere puso la carta sobre una mesa, y bajando los ojos guardó un profundo silencio. El Príncipe tomó de nuevo la palabra; le habia profesado siempre amistad, y le dió consejos muy semejantes á los que habia ella recibido de Benserade. Le habló de ambicion; ella no le escuchó; pero despues de haber reflexionado algun tiempo, vamos, dijo; él me llama: yo dejé este asilo, antes, por seguirlo; no quiero hoy rehusar á la amistad, lo que tuve la debilidad de conceder al amor. Diciendo estas palabras se levantó suspirando, y apoyandose sobre el brazo del gran Condé, salió con él: en la puerta del convento abrazó á las religiosas llorando: no es esta una última despedida, les dice, segura-

(1) Sus propias palabras.

mente volveré, y acaso bien presto [1].... Montó al coche con el Príncipe, y tomaron á toda prisa el camino de Versalles.

Durante la corta ausencia de madama de la Valliere, habian sucedido muchas intrígas en la córte. El Rey no pudo leer su carta sin enternecerse, y sin remordimientos; con cuyo motivo tuvo una explicacion con madama de Montespan, quien le sostuvo, que el suceso habia sido obra del acaso: el Rey manifestó creerlo, pero dudó de ello; y, á pesar de los esfuerzos é insinuaciones de madama de Montespan, quiso sostenerse y volver á llamar á la Duquesa. Madama de Montespan habia previsto el retiro de su rival, y se lisongeaba, que dando este paso, el Rey se alegraría, en lo interior de su alma, de verse desprendido de una muger á quien ya no amaba; porque ella no creía, que una tierna amistad pudiese succeder á un amor extinguido. Los corazones malos, á pesar de la finura del espíritu, hacen falsos cálculos. La elevacion de sentimientos es causa muchas veces de nobles errores; mas, tambien, en otras ocasiones, la sola grandeza de alma es una luz; se

(*) Histórico.

necesitaba de ella para juzgar bien á Luis XIV.

Madama de Montespan tuvo todabia que sufrir un pesar, que le fué enteramente imprevisto. La Duquesa tenia pocos enemigos, y menos partidarios: no obstante, el ruido de su desgracia parecia inspirar un sentimiento general muy favorable á ella. No la envidiaban ya; habia partido; se creía que no volveria jamás. En la córte, un destierro perpetuo produce los mismos efectos que la muerte. Entonces cada uno da una triste ojeada sobre sí mismo secretamente, y la fragilidad del favor causa á los mas intrépidos una suerte de espanto!.... La desgracia de madama de la Valliere hizo odiosa á su rival, y brillar mas su dulzura, su bondad y su desinterés: cada uno temia el carácter de madama de Montespan; conocian que no debia fiarse de quien habia derribado y sacrificado á su amiga, con tanta audácia como dureza: el interés personal y la compasion, se unieron á la justicia: los amigos mismos de madama de Montespan manifestaron admiracion, la que en tal caso era desaprobar su conducta. Deseaban que ella fuese preferida á su rival; pero tanta violencia, tanta prontitud horrorizó; porque todo el mundo, desde luego, supuso que la Duquesa habia

recibido orden de alejarse. El código moral de los cortesanos permite bien procurar la pérdida de aquellos á quienes se teme; pero prescribe ciertas formas, ciertos manejos indispensables para no incurrir en el vituperio universal. La córte es el lugar del mundo donde hay menos escrúpulo sobre el fondo de las acciones, pero mas delicadeza sobre las apariencias; las costumbres, bajo todos los aspectos, parecerian allí mejores que en cualquiera otra parte, si el secreto de los negocios pudiera siempre guardarse: cuando uno no recibe ninguna confianza, rara vez desaprueba lo que ve ú oye; pero se admira continuamente de lo que descubre en la córte.

Una nueva favorita, que no puede aspirar á la consideracion que da el aprecio, tiene contra sí cuasi á todos los que nada esperan de su crédito; así los que jamás habian tenido conexion con ninguna de las dos favoritas, declamaron contra madama de Montespan; los unos por verdadera indignacion, y los otros por acreditar rectitud y sensibilidad. Se sabe por experiencia, que en el mundo, vituperar con energía las malas acciones de otros, es una de las maneras que cuesta menos, y acierta mas para hacerse valer.

Madama de Montespan, tan asustada como sorprendida de este desenlace, tomó el partido, aunque con sentimiento, de publicar, que la Duquesa habia partido voluntariamente; que el Rey la extrañaba, y la hacia llamar. Era muy duro para una persona tan vana y tan ambiciosa, verse forzada á debilitar ella misma la opinion que se habia formado de su valimiento; pero su amor propio no podia tolerar el clamor universal: ella sostuvo á sus amigos, y aun al Rey mismo, que amaba siempre á madama de la Valliere; que la vería con gusto, y que deseaba tuviese el Rey por ella los cuidados y respetos de la amistad. Al efecto compuso frases ingeniosas sobre la amistad, y el poder invencible del amor: persuadió al Rey, seduciendole; no solamente escusó su traicion, sino que encontró en él sentimientos compasivos y generosos.

A penas madama de la Valliere llegó á Versalles, cuando Luis corrió á su casa: la ternura que experimentó al verla, lo preservó del embarazo que debia haber tenido; y así no hubo explicacion; el Rey la estrechó fuertemente en sus brazos, vertió sinceras lágrimas, le pintó con la mas verdadera sensibilidad el pesar que

habia tenido, y antes de despedirse fué á buscar á su hija, se puso de rodillas con esta encantadora criatura diciéndole: *No nos abandoneis mas....* No se necesitaba tanto para satisfacer un corazon tan tierno. No pudiendo engañarse madama de la Valliere sobre la inconstancia del Rey, creía que él se equivocaba acerca de sus propios sentimientos, que estaba arrastrado, seducido, y que él volvería á ella enteramente. Esta ilusion disipó, como por encanto, su dolor, y la indemnizó de cuanto habia sufrido.

Como ninguno habia aprobado su aparente desgracia, cada uno quiso hacerse honor con un sentimiento autorizado por la conducta del Rey: las mismas personas pesarosas de su vuelta creyeron debian sostener la opinion que imprudentemente habian mostrado: los enemigos esperaban una reconciliacion, y la desearon; porque temieron, que madama de Montespan perdería todo su imperio, si era verdad que ella no habia contribuido á la separacion de la Duquesa: por otra parte, la conocian bastante para no dudar, que habia hecho vanos esfuerzos á fin de impedir su vuelta. Supusieron que la Duquesa, ilustrada por la experiencia, romperia de un modo ruidoso con su rival, y trataria de to-

mar un ascendiente, que la preservase para lo futuro de toda suerte de reveses. Estas ideas le revivieron todos sus amigos, prometiendose darle buenos consejos, y esperando que ella tendría mas docilidad para seguirlos: todos los indiferentes, que se habian declarado en su favor al tiempo de su evasion, se imaginaron haber adquirido derecho á su reconocimiento. Repetian ya en alta voz lo que se habia dicho al oído solamente, ó en conversaciones particulares: se podia, sin bajeza, mostrar una especie de entusiasmo por la favorita, cuya desgracia poco há se habia compadecido. Todo el mundo se arrojó á su casa con precipitacion; hasta Madama envió á saber de ella; sus amigos volvieron á ofrecerse á sus pies; y todos tomaron, en union de los demas cortesanos, el aire importante y misterioso que habian abandonado hace algun tiempo: en fin, el triunfo fué completo. Madama de Montespan, con el corazon envenenado, pero arrastrado, por decirlo así, de la multitud, se presentó tambien en casa de la Duquesa; mas se quedó en la puerta y no entró. Para colmo de su pesar, conoció que el brillante recibimiento que se hacia á la Duquesa, producia una viva impresion en el espíritu

del Rey: sabia, que él habia dicho muchas veces estaba muy complacido de que se hiciera justicia á madama de la Valliere, y que veía con gusto por el interés que se le manifestaba en esta ocasion, que secretamente siempre babian tenido por ella la estimacion que tan dignamente inspiraba. Circundada de tantos motivos de temor y de despecho, madama de Montespan, dominada por la cólera y por el resentimiento, hizo muchas imprudencias: ella era de aquellas personas que tienen un arte extremado para manejarse, cuando están animadas y sostenidas por la fortuna, ó, al menos, por una viva esperanza; pero que en los reveses no pueden vencer los movimientos de un humor imperioso, y muestran entonces una indomable altanería. Madama de Montespan hizo sangrientos epigrámas contra todos los que abiertamente se declararon por su rival. Se quejó de sus amigos, perdió muchos de ellos, resfrió á todos, y se crió enemigos irreconciliables: pasó cuatro ó cinco dias en las mas crueles ansiedades: despues de muchas reflexiones, tomó un partido singular, y fué, el de hablar al Rey con una suerte de franqueza sobre su situacion: púsolo por obra, diciendole: que madama de la Va-

lliere, rehusando verla, le hacia un agravio irreparable en la opinion pública: que se le habia perdonado una rivalidad, á quien servia de escusa la mas imperiosa de las pasiones; pero que el patente resentimiento de la Duquesa, hacia creer, que era culpable de perfidias inauditas contra ella: que muchas gentes pensaban que la habia hecho desterrar, y que despues el Rey se habia arrepentido de semejante rigor: que no podian atribuirse sino á esta falsa idea (injuriosa al Rey mismo) todas las demostraciones de interés que acababan de prodigarle; y que para hacer cesar esos rumores calumniosos, debia el Rey exigir de la Duquesa que volviese á ver á una muger que jamás habia dejado de amarla, y cuya única falta era no haberse podido defender de un sentimiento, al cual ella misma habia cedido. El Rey se compadeció de esta explicacion: amaba todo lo que se parecía á la sinceridad; no obstante, le pareció extraña la proposicion de forzar á la Duquesa á que recibiese á su rival, y la combatio. Madama de Montespan le respondió, que en otro tiempo habia exigido de Madama cuasi lo mismo, ácia madama de la Valliere. En fin, insistió con fuerza, suplico con instancia, lloró,

amenazó de dejar la córte.... El Rey estaba enamorado; y despues de mucha resistencia, le dió su palabra de hacer lo que deseaba. No atreviéndose á aventurar tal proposicion de viva voz, escribió á la Duquesa, haciendole esta demanda con expresiones muy tiernas, y al mismo tiempo con un tono de autoridad muy marcada. Cuando madama de la Valliere recibió este billete, estaba sola con Benserade; su sorpresa igualó á su pesar. Benserade, informado por ella, le aconsejó, sin titubear, que rehusase francamente tal pretension: *pero él lo quiere*, respondió ella gimiendo. No, replicó Benserade, el Rey es justo; aprobará vuestra negativa; estimará vuestra resistencia; y, últimamente, ya es tiempo de mostrar caracter....—Ah! Benserade, cuando se ha tenido la debilidad de hacer traicion á sus principios, ¿no será una falta mas, tener firmeza en una ocasion, que se puede prescindir de ellos sin crímen?—Vos no debeis admitir mas en vuestra sociedad una muger peligrosa y pérfida, que os ha hecho traicion con indignidad: vuestra desavenencia con ella la deshonra; si la volveis á ver, la justificareis á los ojos del mundo sobre los puntos

mas esenciales; perdereis este ascendiente de consideracion que acabais de adquirir sobre el Rey; y sereis acusada, justamente, de una debilididad inescusable; quitareis el entusiasmo, y toda especie de zelo á vuestros nuevos partidarios; vuestros antiguos enemigos, dulcificados y desarmados ahora, tomarán contra vos armas mas peligrosas que las del ódio; no os harán ya el honor de atacaros con violencia; no mostrarán sino un frio desprecio, y una insultante burla; no os perseguirán ya con arrebatamiento, y os anonadarán por el ridículo. Todos los que se han unido á vos, solo por ambicion, se separarán tambien, y por esta vez, para no volver mas. Solo el duque de Longueville y yo, os quedarémos; y no os ofrecerémos mas que una amistad estéril, que no podrá seros útil, ni preservaros de los amargos y supérfluos sentimientos que entonces tendreis seguramente. Conosco la fuerza de vuestras razones, replicó la Duquesa suspirando; pero, mi amado Benserade, quereis absolutamente hacerme representar un papel importante, y yo no soy capaz de él: yo habria podido, como otra cualquiera, aprovechar, para hacer bien, un fa-

vor legítimamente adquirido; mas, en mi situacion, toda idea de ambicion me horroriza; mi nombre desgraciado se colocará sin duda, en la lista ignominiosa de las damas de los Reyes.... Sin embargo, mi único consuelo es pensar que, al menos, la equitativa historia me distinguirá, por un caracter particular, de estas mugeres ambiciosas; que no me confundirá con mi rival; y que en mi desvio solo se acusará el amor. Así, aun cuando rehusase volver á ver á madama de Montespan, no por eso tomaria mas crédito, ni perderia menos la benevolencia de los intrigantes y los ambiciosos; porque estoy irrevocablemente decidida á no mezclarme jamás en los negocios, y vivir siempre en la soledad. Al menos, dijo Benserade, no degradeis vuestro caracter por una cobarde complacencia.— ¿Qué se puede rehusar á aquel á quien se ha sacrificado su honor?—¿Por qué exponeros á las mas extrañas humillaciones?—Ay de mí! todas las meresco. Por otra parte, mi amigo, si el Rey no está compadecido de mi sumision, si abusa de ella, mi retiro está marcado, iré para siempre á encerrarme; pero estoy persuadida, que él quiere solamente reciba yo una vez

a madama de Montespan, á fin de cerrar la boca á los que pretenden, que no contenta con haberme usurpado el corazon del Rey, hizo desterrarme, y se ha opuesto á mi vuelta. — Yo creo esta última acusacion muy fundada....— Y yo estoy ahora cierta de lo contrario....— Cómo!....—El Rey me da su palabra que ella jamás le ha hablado de mí sino con estimacion y ternura....—Ternura!—Sin duda era una afectacion; pero que debe probar, que ella no ha hecho las maldades que se le atribuyen.—Admiro vuestra credulidad!....—No, yo conosco hoy á madama de Montespan; me ha hecho mucho mal, para que pueda juzgarla con indulgencia; sin embargo, no debo reusar justificarla de las faltas imaginarias que se le imputan; y en fin, ya os lo he dicho, él lo quiere!.... Ah! exclamó Benserade, á pesar de vuestro talento, y vuestras razones todas, no podeis jamás, con semejante caracter, evitar caer en los lazos de los malos: habeis nacido para ser su víctima!

No obstante esta conversacion, y la suma repugnancia que madama de la Valliere tenia por recibir en su casa á madama de Montespan, escribió al Rey la respuesta siguiente.

„Me seria imposible, aun para restaurar „vuestro corazon, hacer ó decir una falsedad; „así no os disimularé, que jamás puedo creer en „la sinceridad de una persona que ha hecho traicion á la confianza y la amistad, con tantos „artificios y crueldad; mas me sacrificaré por „satisfaceros. Consiento en obedeceros, recibiendo á madama de Montespan."

Aquella misma tarde fué madama de Montespan á casa de la Duquesa: hizo una especie de escena sentimental; la abrazó muchas veces, y lloró mucho. Madama de la Valliere estuvo fria y silenciosa; no podia ser la burla de estas demostraciones; sin embargo, una suerte de pudor la contuvo de recibirlas con desprecio: las encontraba tan víles, que no se atrevia á manifestar, que conocia toda la falsedad de ellas. Hay cosas que dan vergüenza de significar que se descubren; parece que percibirlas ó adivinarlas es una mancha. Esta delicadeza, que muchas gentes no podrian comprender, dá continuamente, á las personas que piensan con nobleza, la apariencia de una cegue-

dad, ó de una credulidad que no tienen (1).

Habiendo sido recibida por la Duquesa madama de Montespan, sin enojo y sin desdén, se lisonjeó por todas partes de haber tenido con ella la explicacion mas satisfactoria. Se alabó con énfasis de su sensibilidad. Unos se burlaron del error de madama de la Valliere; otros encontraron en esta conducta la falsedad y cobardía. Se necesitan fórmulas magestuosas y un aparato mas imponente, para hacer admirar en la córte el perdon de las injurias: esta es una virtud heroica, que allí no se aplaude sino en las personas reales. Cuando no se le puede dar el gran nombre de clemencia, no parece sino una pretencion ridícula, ó una absoluta falta de carácter.

El Rey, prevenido por madama de Montespan, creyó que en efecto la Duquesa se habia enternecido al verla, y le pareció hallar en este manejo debilidad é inconsecuencia; y esta idea anonadó á sus ojos todo el mérito del sacrificio que acababa de obtener. La Duquesa se

(1) Cuasi todos estos detalles, relativos á la reconciliacion simulada de las dos rivales, son históricos.

sorprendió extraordinariamente de ver que madama de Montespan volvia á su casa todas las tardes, como siempre, á la hora en que el Rey solia ir con algunas personas de la sociedad íntima de madama de la Valliere. En vano ésta recibió á su rival con sequedad; madama de Montespan mostró no conocerla: constantemente sostuvo la conversacion; y nunca pareció mas brillante y mas amable. Mientras que ella divertia al Rey con sus gracias, su vivacidad, y la originalidad de sus agudezas; madama de la Valliere triste, pensativa, oprimida, padecía en silencio. Lejos de hallarse en estado de luchar con las gracias de su rival, no podia menos que experimentar el desaliento, cuando oía al Rey alabarla. Conociendo cuan caída estaba, y aun abatida, por la confianza y la insultante alegría de madama de Montespan, unía al tormento del zelo el resentimiento, que una conducta tan audáz debia inspirar, y todo el embarazo que podia causar un papel que era imposible de sostener cómodamente y con dignidad.

Despues de haber usurpado á madama de la Valliere toda la ventaja de una situacion interesante, se entregó madama de Montespan, sin violencia á los movimientos impetuosos de un

carácter altanero, ambicioso y vengativo: calculó, que en su estado era mas ventajoso quizá hacerse temer, que procurar hacerse amar. Esta es la política de todos los malos corazones, para los que tiene grandes ventajas; contenta el orgullo, y todas las pasiones que dimanan del rencor, y ofrece medios seguros, prontos y fáciles. Madama de Montespan no pensó mas que en señalar su poder, por la desgracia de los amigos de madama de la Valliere: expuso al Rey, que estaba súmamente afligida, en lo interior de su alma, por la manera seca, y aun impolítica, con que madama de la Valliere la trataba: agregó, que despues de la sensibilidad que esta le habia manifestado en su primera entrevista, ella no podia estar contenta de una conducta tan inconsecuente, que atribuía á Benserade y el duque de Longueville, cuyos consejos ciegamente seguia la Duquesa. Esta artificiosa confidencia hizo la impresion que de ella esperaba madama de Montespan; pero el Rey, antes de explicarse, quiso examinar por sí mismo si sus sospechas eran fundadas. Sus observaciones particulares le hicieron bien luego conocer, que Benserade y el duque de Longueville, aborrecian á madama de

Montespan: por otra parte, supo algunos discursos imprudentes que habian proferido ambos. Entonces el Rey les retiró aquel favor de que hasta esta época habia dado pruebas; y madama de Montespan, queriendo probar que ella era la única causa de esta desgracia, se quejó de ellos á todo el mundo, y afectó tratarlos con la altanería mas imperiosa. Ella habia prometido á Lauzun emplear todo su valimiento para la consecucion de un asunto importante; mas él se compadeció de la fuga de la Duquesa, y el negocio se frustró en el momento mismo que se creía seguro del éxito (1). Esta conducta violenta inspiró á todos los cortesanos un respetuoso temor, que los redujo al silencio. Detestaban el caracter de madama de Montespan; mas no se permitian ni quejas, ni críticas, y muchos intrigaron para reconciliarse, ó aproximarse á una favorita que se habia hecho tan terrible. Madama de la Valliere mostró en esta ocasion el valor que la amistad dá siempre á una bella alma, y habló al Rey en favor de sus amigos. Luis se guardó muy bien de confesarle la verdadera causa de su desgracia; mas

(1) Histórico.

se quejo de la ligereza de sus discursos, y manifestó una firme decision de no concederles jamás sus antiguas bondades. „Ah, le dijo la Du„quesa; ese sentimiento no es vuestro, os lo han „inspirado; pero ¡cuál debe ser el ascendiente „de la persona que puede alterar hasta tal pun„to vuestra equidad natural!" Este reproche animoso hizo tal impresion en Luis, que quedó un instante suspenso y mudo; luego tomando la palabra le dijo: „Solo vos, en el mundo, podeis „responderme así; veis, pues, que siempre te„neis sobre mi corazon el mismo ascendiente, y „estad segura que ninguna otra le obtendrá se„mejante." Esta respuesta conmovió tan vívamente á la Duquesa, que le pareció una explicacion que la aseguraba de los sentimientos del Rey por madama de Montespan: no olvidó estas pocas palabras; continuamente se venian á su memoria, y mientras mas las comentaba, mas se persuadia que el Rey, como se habia ella lisonjeado, le conservaba en lo interior de su alma el mismo sentimiento, y que no pudiendo estimar á madama de Montespan, acabaría por romper con ella.

Sin embargo, Benserade que hacia algunos años empezaba á sentir la necesidad del repo-

so y de la libertad, enteramente se disgustó de la córte, cuando vió que habia perdido el favor del Rey: le profesaba una verdadera amistad, porque á este príncipe no se le amó medianamente. Habiendo hecho Benserade el año anterior la adquisicion de una casa de campo en Gentilly, resolvió retirarse á ella, y no volver mas á la corte. Ejecutó sin dilacion este designio; partió, y al llegar á casa tomó un formal empeño de no dejarla, haciendo grabar sobre la puerta de su gabinete estos cuatro versos.

Adieu, fortune, honneurs; adieu, vous
et les vòtres!
Je viens ici vous dublier.
Adieu tui mème, amour! bien plus que
tous les autres
Difficile á congedier (1).

TRADUCCION.

A Dios, fortuna, honores,
Y mundanos placeres:
Con vuestros seguidores
Aquí vengo á olvidaros para siempre.

(1) Histórico.

Amor, aun á tí mismo
Es preciso te deje;
No obstante que resistas
Mucho mas que los otros prepotente.

La Duquesa creyó debia dar á Benserade una prueba de su sincera amistad. Al dia siguiente de su partida fué á Gentilly, á casa de Benserade, diciendole, que iba á estarse allí seis semanas con él: insistió en esta resolucion, á pesar de todas las reflexiones de Benserade, quien le detalló todo lo que debia temer estando largo tiempo separada de la córte. La Duquesa vió en casa de Benserade una muger interesante, de quien él le habia hablado constantemente, sin objeto, pero con admiracion. Madama de .... estaba establecida en Gentilly con su familia, en una casa vecina á la de Benserade. A pesar de que tenia cuarenta y cinco años, era de una belleza admirable, y, sobre todo, muy notable por su talento, por una amable y picante alegría, y por el encanto de su sociedad. La Duquesa y madama de .... hicieron una tierna amistad. La Duquesa sabia que Benserade habia estado sumamente apasionado de madama .... ésta habia preferido á

un hombre menos joven, mucho menos amable, y que no tenia ni la fortuna, ni el nacimiento de Benserade. Un dia que ella le preguntaba sobre esto; madama de .... para satisfacer enteramente su curiosidad, se empeñó en contarle en pocas palabras su historia, lo que hizo en estos términos.

„Yo nací en una provincia, á pocas leguas „de Orleans: mis padres tenian una fortuna con„siderable, que se halló cuasi enteramente disi„pada á la muerte de mi padre. Las inmensas „deudas, los acreedores ambiciosos y enredistas, „produjeron tal desorden en los negocios, que „habriamos sido completamente arruinados, sin „la generosidad, la inteligencia y el zelo de uno „de nuestros vecinos: este era monsieur .... Mi „madre, para seguir varios pleitos, tenia nece„sidad de dinero: M. de .... se lo prestó. Hizo „á mas de esto todas las demás diligencias; dió „todos los pasos necesarios, durante el tiempo „de mas de tres años: en fin, salvando algunos „restos de la fortuna de mi padre, llegó á ase„gurarnos una mediana suerte, pero decente. Yo „tenia entonces veinte años: una pequeña he„rencia condujo á mi madre á París, llevándo„me consigo. M. de .... creyendo sernos útil

„nos acompañó: posamos en casa de una her-
„mana suya. Poco tiempo despues cayó mi ma-
„dre enferma de peligro, y muy pronto llegó
„á los últimos momentos de la vida: entonces,
„en presencia de M. .... me habló de los sen-
„timientos que él tenia por mí, que hasta este
„instante yo ignoraba, y me significó el deseo
„de verme corresponder á la aficion de un fiel
„amigo á quien debiamos tanto reconocimiento.
„M. de .... tenia treinta y cuatro años, y era
„por su nacimiento, sus bienes, y por la consi-
„deracion de que gozaba, un partido muy ven-
„tajoso para mí; mas, por otra parte, cuando no
„hubiera tenido la mas perfecta estimacion de
„él, me habria sido imposible resistir el último
„voto de una madre moribunda: iba, pues, á dar
„á mi madre la última seguridad de lo que de-
„seaba, y M. de .... se opuso á ello. No os em-
„peñeis, me dijo; la piedad filial, en este mo-
„mento, no os deja ninguna libertad. Madama,
„vuestra madre nada os prescribe; y si teneis
„la desgracia de perderla, podeis, sin ningun es-
„crúpulo, hacer otra eleccion.... Cerca de es-
„te lecho, donde participo de vuestros dolores,
„os juro una fraternal amistad, y sabré limitar-
„me á ella, si vuestro corazon en adelante no

„me permite entregarme á otros sentimientos."

„M. de .... no desmintió esta compasiva ge-
„nerosidad. Murió mi madre, y M. de .... sin
„hablarme jamás de su amor, fué mi único pro-
„tector. Seis semanas pasó, acompañandome á
„llorar la muerte de mi madre; en seguida par-
„tió para nuestra provincia, á fin de poner en
„orden sus negocios y los mios, dejándome en
„casa de su hermana la condesa de L..... viuda,
„muy rica y jóven todavia, á quien visitaban mu-
„chas gentes. Nos hallábamos entonces en to-
„das las turbulencias de la Fronda, no obstan-
„te se vivia en París en una perfecta seguri-
„dad. El pueblo francés, el mas valiente del uni-
„verso, es tambien el mas benigno y amable;
„aun su ódio no es violento, sino cuando lo pro-
„duce su amor: solo es implacable con los ene-
„migos de aquellos á quienes profesa afecto. Su
„adhesion á los príncipes, y su entusiasmo por
„el gran Condé, causaron, sobre todo, su resen-
„timiento contra el cardenal Mazarino. M. de ....
„y la Condesa su hermana, eran del partido de
„los príncipes, y así mi opinion se fijó por la
„que reconocí en ellos. El espíritu de partido,
„inspirado por una entera confianza de aquellos
„que amamos, es, acaso, mas ardiente que el

„que se forma conforme á nuestras propias lu-
„ces; este último puede cambiarse por la re-
„flexion; pero un sentimiento ciego no podrá
„modificarse porque no raciocina."

„Yo veía en casa de la Condesa las mu-
„geres mas bellas de la córte, y los hombres
„mas célebres, por su talento y por el papel
„que hacian en el partido de la Fronda: la du-
„quesa de Longueville, madama de Chatillon,
„madama de Montbazon, el gran Condé, el du-
„que de Nemours, el duque de Beaufort, Fos-
„seuse, Sevigné, Matha, el duque de la Roche-
„foucauld. La conversacion era siempre anima-
„da: *solo se hablaba allí de negocios de esta-*
„*do, de cualquiera edad y séxo que fuesen las*
„*personas. Mientras mas ignorancia habia, mas*
„*osadamente se decidia* (1). *Nunca se oyeron*
„*mas conversaciones de generosidad, sin honor,*
„*ni mas bellos discursos, y tan poco juicio: ja-*
„*más se vieron tantas acciones sin designio, tan-*
„*tos designios sin acciones, tantas empresas sin*
„*efectos* (2). Estos movimientos extraordinarios
„ocupan fuertemente entre tanto que duran; aun

(1) Pasage extraido de las memorias de Nemours.

(1) Extracto de las memorias de Rochefoucauld.

„se puede, por falta de reflexion y de expe-
„riencia, empeñarse vivamente en los diferen-
„tes partidos, con noble y pura intencion; pero
„cuando estas tormentas pasan, no queda mas
„para los corazones rectos, y los espíritus bue-
„nos, que una admiracion mezclada de remor-
„dimientos de no haber siempre tenido el mis-
„mo desafecto á las sublevaciones que han cau-
„sado tantos males: sin embargo, se saca de es-
„tos acontecimientos un gran bien, que es apre-
„ciar la paz y tranquilidad como merecen."

„Poco tiempo despues de la partida de M.
„de .... me dijo la Condesa, que incesantemen-
„te esperaba uno de los parientes de su difun-
„to marido, á quien amaba mucho, aunque fue-
„se Mazarino; y agregó, que me suplicaba le
„ayudase con todo esfuerzo para empeñarlo en
„el partido de los principes. Me lisongeé mu-
„cho de verme asociada, en cierto modo, á los
„asuntos de estado. Esperé con impaciencia á
„este realista, que se me anunciaba como el hom-
„bre mas amable y mas brillante de la córte:
„se trataba de combatirlo y de ganarlo, y ja-
„más se forman fríamente tales proyectos. Yo
„me prometia mostrarle el mas grande despre-
„cio del Cardenal, y una grande admiracion de